



Arquidiócesis de Córdoba Fraternidad de Grupos de Oración RCC - Escuela de Formación



Los Frutos del *Espíritu Santo*



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial



FRATERNIAD DE GRUPOS DE ORACION
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA
Arquidiócesis de Córdoba
Escuela de Formación RCC

SEGUNDO NIVEL
LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

 **LOS DONES O CARISMAS DEL ESPIRITU SANTO**

El movimiento de renovación en el Espíritu Santo es llamado frecuentemente Carismático por la importancia, a veces exagerada, que muchos de sus miembros dan a los dones o carismas del Espíritu Santo.

Es preciso tener una visión clara acerca de su significado e importancia a fin de evitar los dos extremos, el de despreciarlos y aún temerlos como algo peligroso, o el darles tanto valor, especialmente a alguno de ellos, que la Persona del Espíritu Santo pase a un segundo plano.

Para fortuna nuestra, el Concilio Vaticano II trató de estos carismas en varios de sus Documentos y lo hizo con una claridad verdaderamente sorprendente, ya que la Corriente de Renovación en el Espíritu Santo en la Iglesia Católica tendría su comienzo varios años después de la promulgación de los textos Conciliares.

Nada mejor entonces para evitar caer en uno de esos extremos que estudiar la doctrina del Concilio acerca de los Carismas.

❖ **LOS CARISMAS EN LOS DOCUMENTOS CONCILIARES**

El tema de los Carismas aparece en varios documentos del Concilio Vaticano II y fue tratado ampliamente en varias intervenciones de los Padres Conciliares.

Las citas más importantes se encuentran en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, en los N° 4, 7 y especialmente el 12 y en el Decreto sobre el Apostolado seglar, en especial en el N° 3 y también el N° 30.

Se refieren también a ellos los Decretos sobre la vida y ministerio de los Presbíteros en los N° 4 y 9 y en el de Misiones en los N° 23 y 28.

No podemos afirmar nuestra fidelidad al Concilio si no estudiamos seriamente estos textos y si no acomodamos nuestra conducta pastoral a sus exigencias.

El Concilio:

- ☞ Afirma claramente la existencia actual de los carismas tanto ordinarios como extraordinarios.
- ☞ Manifiesta que todos deben ser altamente estimados.
- ☞ Muestra su proyección apostólica.
- ☞ Señala claramente el papel de la Jerarquía respecto a su interpretación.



1º Existencia de los Carismas

Veamos con cuanta claridad y aprecio habla el Concilio de la existencia de los carismas en el Pueblo de Dios.

En la Constitución **Lumen Gentium** encontramos estos importantes textos:

☞ *El Espíritu Santo, santificador de la Iglesia*

Consumada la obra que el Padre, encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (Jn. 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (Ef. 2,18). Él es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn. 4, 14; 7, 38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (Rom. 8, 10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (I Cor. 3, 16; 6, 19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (Gál. 4, 6; Rom. 8, 15-15 y 26). Guía la Iglesia a toda la verdad (Jn. 16, 13), unifica en comunión y misterio, la *provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos* (Ef. 4, 11-12; I Cor. 12, 4; Gál 5, 22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su esposo.

En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: “Ven” (Apoc. 22, 17).

Y así toda la Iglesia aparece como “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. (L.G N° 4)

El Sentido de la Fe y los Carismas en el Pueblo Cristiano



El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y de caridad y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, que es fruto de los labios que confiesan su nombre (Hebr. 13-15). La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Espíritu Santo (I Jo. 2, 20 y 27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando “desde los obispos hasta los últimos fieles laicos” presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres.

Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el Pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente a la fe confiado de una vez para siempre a los santos, penetra profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el sagrado Magisterio, sometiéndose al cual no acepta ya una palabra de hombres, sino la verdadera Palabra de Dios (I Tes. 2, 13).

Además el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los Sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que *también distribuye gracias especiales* entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (I Cor. 12, 11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: A cada uno...se le otorga la manifestación de Espíritu para común utilidad (I Cor. 12, 7). *Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más comunes y difundidos,* deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a

las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y además, el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno (I Tes. 5, 12 y 19-21), (L.G N° 12).

Fundamentos del Apostolado Secular

(A.A N° 3). El deber y el derecho del seglar al apostolado derivan de su misma unión con Cristo Cabeza. Insertos por el Bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y nación santa (I Pe. 2, 4-10) para ofrecer hostias espirituales en todas sus obras y para dar testimonio de Cristo en todo el mundo. Son los sacramentos, y sobre todo la Eucaristía, los que comunican y alimentan en los fieles la caridad que es como el alma de todo apostolado.

El apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de todos los hijos de la Iglesia. Más aún, el precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino y la vida eterna a todos los hombres, a fin de que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (Jn. 17, 3).

Por consiguiente, a todos los cristianos se impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres.

Para *participar de este apostolado*, el Espíritu Santo, que obra la santificación del Pueblo de Dios por medio del ministerio y los Sacramentos, da también a los fieles (I Cor. 12, 7) *dones peculiares*, distribuyéndolos a cada uno, según la gracia recibida, poniéndola al servicio de los demás, sean también ellos buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (I Pe. 4, 10), para edificación de todo el cuerpo en la caridad (Ef. 4, 16). Es la *recepción de estos carismas*, incluso de los más sencillos, la que confiere a cada



creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para bien de la humanidad y edificación de la Iglesia en el seno de la propia Iglesia y en medio del mundo, con la libertad del Espíritu Santo, que sopla donde quiere (Jn. 3, 8), y en unión al mismo tiempo con los hermanos en Cristo, y sobre todo con sus *pastores*, a quienes toca juzgar la genuina naturaleza de *tales carismas* y su ordenado ejercicio, no por cierto para que *apaguen el Espíritu*, sino con el fin de que todo lo prueben y *retengan lo que es bueno* (I Tes. 5. 12.19. 21).

La Vocación Misionera

Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe la tarea de propagar la fe según su condición, Cristo, Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere para que le acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes. *Por lo cual por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas* según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia Institutos que tomen como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia. (A. G. N° 23).



2º. Aprecio por los Carismas

Fuera de las palabras ya citadas del N° 12 de la L. G: “Estos carismas, tanto los extraordinarios como los comunes y difundidos, deben ser recibidos con gratitud y consuelo, porque son muy adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia”, hallamos en el **Decreto P. Ord. N° 9**, esta norma pastoral: “Los Presbíteros descubran con sentido de fe, reconozcan con gozo y fomenten con diligencia los multiformes carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos”.

Son tres los deberes pastorales respecto a los carismas:

- 1) Descubrirlos con sentido de fe.
- 2) Reconocerlos con gozo.
- 3) Fomentarlos con diligencia.

Dos veces amonesta el Concilio a los Pastores para que *no sofoquen el Espíritu, lo prueben todo y retengan lo que es bueno*. **L. G. N° 12 y Apostolicam Acuositatem, sobre el apostolado de los seglares, N° 3.**

En ambos lugares hace referencia a las palabras de San Pablo en la I Carta a los Tesalonicenses 5, 19 – 21. Dice allí el Apóstol: *“No apaguéis al Espíritu, no despreciéis las profecías. Probadlo todo y quedaos con lo bueno”*.

3º Proyección Pastoral de los Carismas

San Pablo escribe a los Corintios: “Así puesto que estáis ávidos de espíritus, procurad abundar en ellos para edificación de la Iglesia. (I Cor. 14, 12) y enumera algunos de estos carismas: “Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad” (I Cor. 12, 8 – 12).

Siguiendo esta sabia norma los textos Conciliares exponen muy claramente la finalidad Pastoral de los diversos carismas que reciben los miembros del Pueblo de Dios para su constante edificación.

En el Decreto sobre el **Apostolado Secular** dice: “Es la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, la que confiere a cada creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para bien de la humanidad y edificación de la Iglesia en el seno de la propia Iglesia y en medio del mundo” (Nº 3).



Observemos que el beneficio de estos carismas no se limita a la Iglesia, sino que debe abarcar a toda la humanidad.

Pablo VI en la Encíclica sobre el Celibato recordará que éste beneficia no sólo a la Iglesia sino también a todo el mundo (Nº 54).

El Decreto Conciliar dice también que “Cada uno debe prepararse diligentemente para el apostolado, *obligación que es más urgente en la vida adulta porque, avanzando la edad, el alma se abre mejor y cada uno puede ejercer con mayor eficacia los carismas* que el Espíritu Santo le dio para bien de sus hermanos” (Nº 30). Y el **Decreto sobre la Actividad Misionera de la Iglesia** afirma: “Los cristianos tienen dones diferentes: Por ello deben colaborar en el Evangelio cada uno según su posibilidad, facultad, carisma y ministerio”, (Nº 28).

Muy sabia y muy prudente es la advertencia que el Concilio hace en la **Lumen Gentium**: “Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos de las obras apostólicas”, (Nº 12).

Este es el pensamiento de San Pablo como aparece en su I Carta a los Corintios, en la que dedica los Cap. 12 y 14 a este importante tema de los carismas y recuerda que si no tenemos caridad seremos como bronce que suena o címbalo que retiñe, aunque hablemos lenguas de hombres y de ángeles, tengamos el don de la profecía y conozcamos todos los misterios y toda la ciencia”, (Nº 13).

4º La Jerarquía y los Carismas



El Espíritu Santo actúa carismáticamente en una Iglesia que por institución divina es Jerárquica como tan profundamente lo demuestra el **Cap. III de la L. G.**

Se equivocan quienes quieren enfrentar una Iglesia carismática a la Iglesia Institucional y Jerárquica. El Señor, Autor y Cabeza de su Iglesia, le dio una organización jerárquica y la enriqueció con la comunicación de su Espíritu y con la abundancia de sus carismas.

Pablo VI en su importante homilía de febrero 13 de 1972, dijo: “No se nos oculta cómo, sobre todo recientemente, se ha pretendido oponer la Iglesia Carismática a la Jerárquica, cual si se tratase de dos organismos distintos, más aún, contrarios y opuestos entre sí. De hecho aquí, en la potestad pastoral, el carisma y la autoridad coinciden; hemos recibido el Espíritu Santo, que en la misión episcopal se manifiesta así, en esta simbiosis simultánea de magisterio, asistido por la luz del Paráclito, de ministerio santificante mediante su gracia, y de régimen en la caridad del servicio; son estas otras tantas facultades del obispo y dones del Espíritu. Es la voz de Pablo la que nos lo recuerda y confirma: “Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios que obra todas las cosas en todos”. (I Cor. 12, 4–6).

Del único Dios-Trinidad desciende la única Iglesia, de la cual los obispos tienen la principal responsabilidad, con unicidad de atribución carismática y jerárquica. Con esto no se niegan ciertamente los carismas particulares de los fieles, sino todo lo contrario; el mismo caso de la primera carta a los Corintios los supone y los reconoce, porque la Iglesia es un organismo vivo, animado por la misma vida,

misteriosa y múltiple, imprevisible y móvil, santificadora y transformadora, de Dios, pero los carismas conferidos a los fieles, como también subraya San Pablo (I Cor. 14, 26-33, 40), están sometidos a disciplina, que solamente está asegurada por el carisma de la potestad pastoral, en la caridad”.



Con claridad señala el Concilio el papel de la Jerarquía respecto a los carismas.

“El juicio sobre la autenticidad de los carismas y de su ejercicio pertenece a quienes tienen la autoridad de la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar al Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno”. (Cf. I Tes. 5, 19-21) **(L. G. N° 12)**.

A los Pastores de la Iglesia toca juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio, no por cierto para que apaguen el Espíritu, sino con el fin de que “todo lo prueben y retengan lo que es bueno”. (Cf. I Tes. 5, 12-19-21) **(Apos. Seglar N° 3)**.

Entre estos dones del Espíritu Santo resalta la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu subordina incluso los carismáticos. (Cf. Cor. 14). **(L. G. N° 7)**.

Estas sabias normas deben orientar y regular la conducta de los Pastores y la de los fieles en este importante campo de los carismas.

Será conveniente también observar la manera como la Iglesia pide hoy por los dones del Espíritu Santo. En la Colecta de la Misa de Pentecostés dice: “Por el misterio de Pentecostés, que hoy celebramos, Señor, manifestaste tu Iglesia ante todas las razas y pueblos; derrama los dones del Espíritu Santo sobre toda la faz de la tierra; que tus fieles participen *también ahora de los dones que tu misericordia dispensara, al iniciar la predicación del Evangelio*”. Y este mismo es el texto empleado en la administración del Sacramento de la Confirmación.

Alguien anotaba con razón: “Pedimos insistentemente estos dones y cuando el Espíritu Santo nos los concede, como está sucediendo ahora, nos asustamos”.

Para evitar exageraciones y poder emplear los dones del Señor conforme a su plan universal de salvación, nada mejor que observar la norma que da San Pedro: “Que cada uno, con el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (I Pedro 4, 9-10)

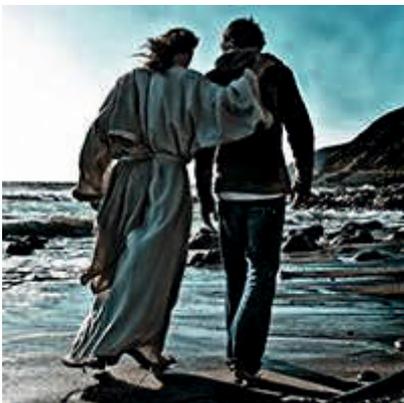
❖ EL FRUTO DEL ESPIRITU SANTO

San Pablo en su carta a los Gálatas nos enumera las obras de la carne y el fruto que produce el Espíritu Santo en quien camina en Él y vive en Él.

Empieza con esta consigna: “Caminad en el Espíritu y no llevéis a cabo las tendencias de la carne” (5, 16). Este texto es de suma importancia porque tenemos la tendencia a considerar la obra del Espíritu Santo en nosotros como un momento especial de la vida que se caracteriza por la emoción, la luz, el consuelo, la paz y otros efectos semejantes.

Muchos disfrutan de estos momentos en circunstancias diferentes como un Cursillo de Cristiandad, unos ejercicios espirituales, la asistencia a un grupo de oración participada, un Seminario de vida en el Espíritu, etc. Es preciso que ese momento especial, si se da, sea el principio de una vida en el Espíritu Santo y de un constante caminar a Él, pues de lo contrario carecería de verdadera importancia y se reduciría a una “simple vivencia emocional”, o un fuego fatuo.

El Bautismo y la Confirmación deben ser para quienes lo reciben puntos de partida. “Los cristianos deben seguir caminando en el Espíritu, avanzar, vivir la vida guiados por la fuerza de ese Espíritu; Él es quien les marca la pauta” (G. Schneider, pág. 130)



Si, pues, vivimos en el Espíritu, caminemos también en el Espíritu”, dirá después San Pablo (5, 25).

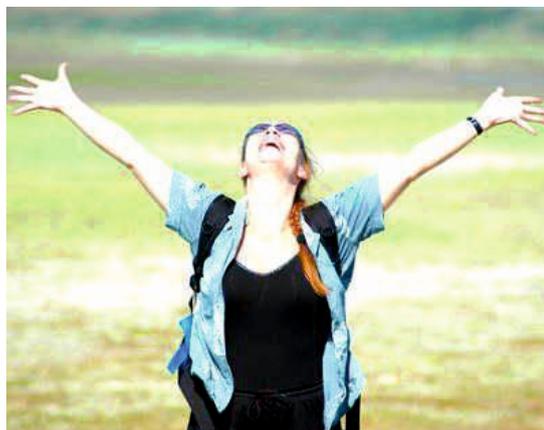
Cuando de veras caminamos y vivimos en el Espíritu Santo, Éste obra maravillas en nosotros y su acción santificadora se comprueba por la aparición de sus frutos de santidad. Si éstos no aparecen en nuestras vidas es porque, aunque hayamos recibido a este divino Espíritu, no vivimos en Él.

Pablo en su carta enumera nueve manifestaciones del fruto del Espíritu Santo a saber: **“amor, alegría, paz, comprensión, benignidad, bondad, lealtad, mansedumbre y templanza”** (5, 22-24), pero esta enumeración no es exhaustiva. Los frutos del Espíritu Santo son incontables y su crecimiento es constante en la persona que camina en Él y es fiel y dócil a su acción santificadora.

El comentarista de la Carta a los Gálatas, Gerhard Schneider, da la siguiente explicación de estos nueve frutos así: “La oposición que existe entre las obras de

la carne y el fruto del Espíritu Santo es igual a la que existe entre tinieblas y luz, entre caos y orden, entre multiplicidad y unidad. El orden del mundo moral que el Espíritu de Dios crea aparece expresado en el ritmo ternario de la enumeración. Tres tríadas de virtudes constituyen el fruto del Espíritu. La unidad queda clara por el hecho de que el Apóstol dice “fruto”, en singular, y no habla de frutos. La vida moral del cristiano es, en realidad, muy sencilla: **servir por amor**. En el amor al prójimo es donde primero sale a luz y madura la acción del Espíritu. Mientras en la comunidad son los efectos extraordinarios del Espíritu, los carismas, los que testimonian la acción del Espíritu (3, 5), en el individuo, que posee el Espíritu por el bautismo, el fruto de esta posesión aparece como amor. En el Espíritu, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. En el amor la fe pasa a la acción. El amor cristiano se dirige ante todo a Dios, pero Pablo atiende aquí sobre todo al amor al prójimo, por ser un fruto prácticamente visible. Toda obra de un cristiano, en la medida en que no es una obra “carnal”, contiene este amor, como fruto del Espíritu.

En segundo lugar nombra el Apóstol **la alegría**. Se trata de una alegría causada y comunicada por el Espíritu Santo. Su fundamento más profundo lo constituye la esperanza en la proximidad del Señor, esperanza que proviene de la buena nueva del Evangelio. Supera a la alegría natural porque se alegra de la fe del hermano. Se mantiene en medio de las dificultades y en la aflicción, porque es algo más que un puro sentimiento; es semejante a la alegría del Señor y de su Apóstol.



En tercer lugar está **la paz**. El Espíritu tiende a la paz, a la salvación del hombre, mientras el objetivo final de la carne es la muerte. La paz es un elemento constitutivo del reino de Dios: “no consiste en comer y beber, sino en justicia y paz, y alegría en el Espíritu Santo” (Rom. 14, 17). La paz, a la que Dios ha llamado a los cristianos y que ha establecido por medio de Cristo, puede, por ser “paz de Dios”, “custodiar nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Flp. 4, 7).

La comprensión, la benignidad y la bondad son las virtudes que en el contacto entre los hombres mantienen la alegría y la paz. Quien es comprensivo soporta a los demás incluso cuando tiene tentaciones de ira. Se domina a sí mismo con paciencia constante. Es generoso con todos. El ejemplo de Dios, que refrena

graciosamente su ira justa, es el que impone a los cristianos la exigencia de una comprensión generosa. La benignidad y la bondad implican un dirigirse positivamente a los hombres, un servirles amistosamente y un salirles al encuentro con benevolencia.

La lealtad, la mansedumbre y la templanza cierran la enumeración que, por descontento, no pretende ser exhaustiva. La lealtad debe constituir el fundamento de la confianza en la comunidad; la falta de lealtad origina desconfianza, que destruye la comunidad. Mansedumbre significa suavidad, moderación: lo contrario de altanería. Esa mansedumbre debe ser una de las características de los cristianos; no han de amonestar a sus hermanos con ira ni con actitud arrogante. El cristiano tiene en Cristo un ejemplo de mansedumbre. En último lugar está la templanza, que es algo más que continencia. Se opone, sin duda, a los vicios del desenfreno sensual y del libertinaje desenfrenado. La templanza es fruto del Espíritu, pero hay que adquirirla en la lucha y mediante el ejercicio". (Págs. 136-138).

Apreciaremos mejor el valor de este fruto del Espíritu si vemos las obras que la carne produce en nosotros cuando triunfa y opera a sus anchas: *"Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes sobre las cuales os prevengo como ya os previne que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios"* (5, 19-22).

❖ EFECTOS DEL MOVIMIENTO DE RENOVACIÓN EN EL ESPÍRITU SANTO

En esta reflexión sobre el fruto del Espíritu Santo de acuerdo con el texto de San Pablo, conviene insertar los efectos o frutos que está produciendo en tales personas esta corriente renovadora del Espíritu Santo. **El P. O' Connor** en su importante libro "La Renovación Carismática en la Iglesia Católica", enumera los efectos que, según su larga experiencia como Asesor del Movimiento en la Universidad de Notre Dame, aparecen como una constante en todas las personas que entregan sus vidas a Cristo y se dejan conducir por su Espíritu.



1. El conocimiento y la experiencia de Dios como persona a quien se ama con todo el ser y cuyo amor al hombre se percibe con gran seguridad, gozo y paz.
2. Un gran aprecio por la oración personal y especialmente por la participación en los grupos de oración semanal.
3. Un gran amor a la Sagrada Escritura y un gran empeño en conocerla mejor.
4. La transformación y la profundización del ser y de la vida que adquiere valores y posibilidades antes insospechadas. Es muy interesante el testimonio de Dorothy Rangan : “ Cuando recibimos el Bautismo en el Espíritu Santo no nos sucedió nada: salvo que todo se tornó diferente”.
5. Una gran liberación interior que confirma lo que dice San Pablo: “Vosotros fuisteis llamados a la libertad, hermanos; sólo que no toméis esa libertad como pretexto para soltar las riendas de la carne” (Gál. 5, 13). “Para la libertad nos liberó Cristo: manteneos, pues, firmes y no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud”. (Gál. 5, 11).
6. Actitud positiva frente a la Iglesia Institucional y aprecio por la Asesoría Sacerdotal.
7. Tienen a la Eucaristía como centro de su vida litúrgica y aprecian la presencia real del Señor en el Sacramento.
8. Aman filialmente a la Santísima Virgen y muchos aprecian el Santo Rosario.
9. Un profundo deseo de adquirir una mayor santidad y un serio empeño por lograrlo.



Cristo nos dio la gran señal para distinguir cuáles árboles son buenos y cuáles malos: “Por sus frutos los conoceréis”.

No está bien juzgar a priori un movimiento como este de Renovación en el Espíritu. Antes de emitir un juicio es preciso estudiar su doctrina y comprobar los resultados. De lo contrario se obra con ligereza y sin acierto.

LA ALEGRÍA EN EL ESPÍRITU SANTO

“Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar” (Jn 16, 22).

“El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz...” (Ga 5, 22).

El gozo y la alegría han sido siempre una nota distintiva de la Renovación Carismática, tanto en las asambleas de oración, como particularmente en lo profundo del corazón de los participantes.

No se trata de una alegría bullanguera superficial, resultado de una buena fiesta o de una agradable convivencia humana, sino de una honda alegría que llamamos “fruto del Espíritu Santo”, que brota del corazón del creyente, como efecto de la presencia del Espíritu de Dios y de su acción salvífica y santificadora.



Es la “alegría mesiánica”, anunciada en las Escrituras, proclamada por Jesús la noche anterior a su muerte, y comunicada al mundo el día esplendoroso de su resurrección: “Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros, y que vuestra alegría sea plena” (Jn 15, 11); y “los discípulos se alegraron al ver al Señor” (Jn 20, 20).

Ahora bien, ¿qué nos dice la Palabra de Dios acerca de la “alegría”?

I. LA ALEGRÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Permitásenos señalar solamente algunos puntos sobresalientes.

1. En primer lugar, el gozo, la alegría y el regocijo se predicán de Dios mismo, que se complace en su creación: “Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien” (Gn 1, 31). “¡Gloria a Yahvéh por siempre, en sus obras él se regocija!” (sal 104, 31).

2. Abraham tuvo un hijo de su mujer Sara y le puso por nombre Isaac, que significa “él ríe” (Gn 21, 3). Ana se llena de alegría porque Dios ha creado la vida en sus entrañas: ella será, por fin, madre: “Mi corazón exulta a Yahvéh” (1 S 2, 1). La salud, la esposa amada, los hijos buenos, la cosecha oportuna, la comida y la bebida proporcionan al hombre alegrías sanas y legítimas (Eclo 30, 16; Pr 5, 18; 23, 25; Sal 104, 14-15; 126, 5).

3. Dar culto al Dios único con cánticos y danzas, y alabarlo con gritos de júbilo por todos los beneficios hechos a su pueblo, llenan de alegría el corazón de Israel: “Los justos se alegran alborozados ante Dios, y saltan de alegría. Cantad a Dios, tañed en su honor, abrid paso al que cabalga en las nubes, su nombre es Yahvéh, exultad ante él” (Sal 68, 4-5; 33, 1; 42, 5; etc.).

4. Dios mismo es la suprema alegría para el israelita que busca al Señor: *“En ti se gocen y se alegran todos los que te buscan. Digan sin cesar: ¡Grande es Dios!, los que ansían tu victoria”* (Sal 70, 5; cf. Sal 34, 1; 42, 5).

5. Israel estalla de gozo ante la perspectiva de la liberación del cautiverio y la restauración de Jerusalén: *“¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpen los montes en gritos de alegría, pues Yahvéh ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido”* (Is 49, 13).

6. Finalmente, Israel espera con desbordante alegría la venida del Mesías y de los tiempos mesiánicos:

“El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande. Los que vivían en tierra de sombras una luz brilló sobre ellos. Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría. Alegría por su presencia, cual la alegría en la siega...” (Is 9, 1-2)

“¡Exulta sin freno, Sión; grita de alegría, Jerusalén! Que viene a ti tu rey: justo y victorioso, humilde y montado en un asno (Za 9, 9).

II. LA ALEGRÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO



Todo el Nuevo Testamento, puede muy bien decirse, es un evangelio de alegría; es la Buena Nueva de JESÚS, que ha traído la salvación al mundo. “Evangelio” es una noticia que debe llenar de júbilo. Así lo declaró el ángel del Señor a los pastores de Belén: *“No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: ¡Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor!* (Lc 2, 10-11).

1. La alegría en los Evangelios

1º La alegría evangélica tiene su origen, en primer lugar, en la venida de Jesús-Mesías. Para los cristianos, el gozo surge fontalmente de Jesús, el Hijo de Dios, que ha venido a fijar su morada en medio de nosotros, y de la salvación que él ha aportado al mundo.

- Zacarías, Isabel y muchos se alegran por el nacimiento de Juan, que será el precursor de Jesús-Mesías (Lc 1, 4).

- Grande alegría causa en el pueblo el nacimiento de Jesús (Lc 2, 10).

- Los magos se gozan al ver de nuevo la estrella del rey-mesías: *“Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría”* (Mt 2, 10).

- La voz del Novio-Mesías produce en Juan el Bautista una profunda alegría: *“Esta es mi alegría, que ha alcanzado su plenitud”* (Jn 3, 29).

- Jesús es el verdadero heredero de Abraham, el nuevo Isaac, causa de alegría para el patriarca: *“Vuestro padre, Abraham se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró”* (Jn 8, 56).

- La multitud se alegra y alaba a Dios cuando Jesús entra en Jerusalén: *“Toda la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, y decían: ¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en las alturas!”* (Lc 19, 37-38).

- Inclusive, el rey Herodes se alegra grandemente ante la perspectiva de encontrarse con Jesús (Lc 23, 8).

2º El anuncio del evangelio y del reino de los Cielos, y los milagros de Jesús, son causa de gozo y de alegría.

- La “Palabra del reino” es recibida con gozo y alegría: *“Al oír la palabra, la reciben con alegría”* (Mt 13, 20; Mc 4, 16; Lc 8, 13).

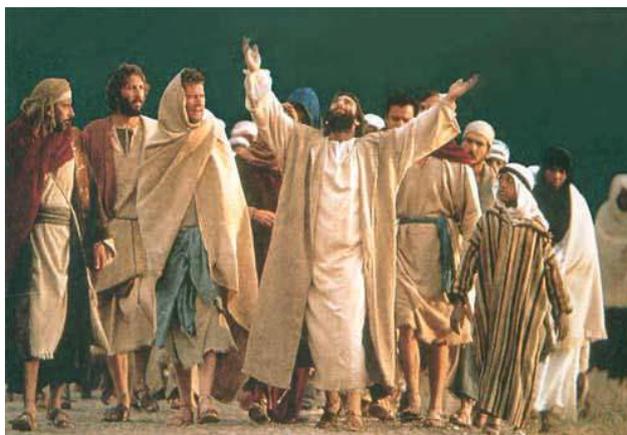
- *“El reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel”* (Mt 13, 44).

- Proclamar la buena nueva produce una gran alegría (Jn 4, 36). Por eso los setenta y dos discípulos regresaron, y dijeron alegres: *“Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”*. A lo que Jesús contestó: *“Alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos”* (cf. Lc 10, 11-20).

- Ante la persecución por ser discípulo de Jesús, el Maestro les advierte: *“¡Alegraos ese día y salten de gozo, que vuestra recompensa será grande en los cielos!”* (Mt 5, 12; Lc 6. 23).

- Toda la gente se alegraba con las maravillas que Jesús hacía (Lc 13, 17); Jesús mismo se alegra de no haber estado en Betania cuando murió Lázaro, para que los discípulos crean en él (Jn 11, 15).

- El Reino futuro es comparado a la “alegría del Señor”: *“Señor, cinco talentos me entregaste, aquí tienes*



otros cinco que he ganado”; y su señor le dijo: *“¡Bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor”* (Mt 25, 21.23).

3º La conversión del pecador es fuente de alegría en la tierra y en el cielo.

- Los cielos mismos, es decir, Dios, se alegran por la conversión de los pecadores: *“De igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión”* (Lc 15, 32).

- *“Convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado”* (Lc 15, 32).

- Zaqueo se alegra por recibir a Jesús en su casa: *“Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa”*. Y Zaqueo se apresuró a bajar y lo recibió con alegría (Lc 19, 5-6).

4º La suprema alegría brotará de la Pascua de Jesús.



En los discursos de la última Cena, Jesús subraya la suprema alegría por su paso de este mundo al Padre.

- *“Si me amarais, os alegraríais de que me vaya al Padre, porque el Padre es más grande que yo”* (Jn 14, 28).

- *“En verdad, en verdad os digo: lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará.*

Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar” (Jn 16, 20.22).

- A la vista de Jesús resucitado, los discípulos se llenan de alegría. Jesús les dijo: *“La paz con vosotros”*. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor (Jn 20, 20; cf. Mt 28, 8; Lc 24, 41).

2. La alegría en los Hechos de los Apóstoles

Los Hechos de los Apóstoles narran la prodigiosa expansión de la Iglesia, gracias a la soberana acción del Espíritu Santo, y proclaman continuamente la alegría que

resuena por todas partes a causa de la conversión a la fe, en particular de los gentiles (Hch 8, 8. 39; 11, 23; 13, 48. 52; 15, 3. 23. 31).

El anuncio gozoso del Señor Jesús produce energías para superar los sufrimientos que acompañan a la evangelización: *“Ellos se marcharon de la presencia del Sanedrín alegres por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre del Señor”* (Hch 5, 41).

3. La alegría en las Cartas de San Pablo

Para San Pablo, la auténtica “alegría” cristiana, como la verdadera paz y la justicia, tienen su origen en Dios Padre y en el Espíritu Santo: *“El Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en la fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo”* (Rm 15, 13; cf. Rm 14, 17; Ga 5, 22). El apóstol Pablo es un hombre que vive constantemente de la alegría en el Señor y del gozo en el Espíritu Santo: *“Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres”* (Flp 4, 4; cf. 3, 1; 4, 10; 1 Ts 5, 16).

Pablo goza y se alegra por los demás, comparte la alegría de los otros, es comunicador de alegría para sus colaboradores y se alegra de poder confiar en los demás: *“Y ¿cómo podremos agradecer a Dios por vosotros, por toda la alegría que, por causa vuestra, experimentamos ante nuestro Dios?”* (1 Ts 3,9; cf. 2 Co 7, 16; Rm 12, 15; 2 Tm 1, 4; Flm 7).

El Apóstol realiza su misión evangelizadora en medio de una profunda alegría: *“Orad para que pueda también llegar con alegría a vosotros, por la voluntad de Dios, y disfrutar de algún reposo entre vosotros”* (Rm 15, 32; cf. 2 Co 1, 24). Sus evangelizados son la alegría y la corona de su apostolado: *“¿Quién, sino vosotros, puede ser nuestra esperanza, nuestra alegría, la corona de la que nos sentiremos orgullosos, ante nuestro Señor Jesús en su Venida?”*. (1 Ts 2, 19; cf. 2 Co 2, 3; Flp 4,1).

La verdadera alegría, que es fruto del Espíritu, es perfectamente compatible con las tribulaciones por el Evangelio: *“Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia”* (Col 1,24; cf. Col 1, 11; 2 Co 6, 10; 7, 4; 13, 9; 1 Ts 1,6).

Toda la carta a los filipenses, escrita desde la cautividad, es un himno a la alegría: *“Aunque mi sangre se derrame como libación sobre el sacrificio y la ofrenda de vuestra fe, me alegro y congratulo con vosotros* (Flp 2, 17; cf. 1, 4.18.25; 2, 18.29).

Pablo quiere que sus hermanos vivan siempre en la alegría: *“Por lo demás, hermanos, alegraos; sed perfectos; animaos; tened un mismo sentir; vivid en paz, y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros”* (2 Co 13, 11; cf. Flp 2, 28).

CONCLUSIÓN

1. El cristiano, si es consciente de su dignidad de ser hijo de Dios y de ser templo donde habita el Espíritu Santo, debe vivir en una atmósfera de grande y profunda alegría. No es concebible que un verdadero cristiano sea triste.
2. La alegría, que inunda el corazón del creyente, debe explotar en himnos de glorificación al Padre. La alegría y la glorificación a Dios van de la mano.
3. El Espíritu Santo Paráclito, fuente del gozo y de la alegría, viene en ayuda nuestra en los momentos del sufrimiento, del dolor y de la prueba, y puede combinar admirablemente en nuestro interior sentimientos que, al parecer, no podían coexistir: el dolor en la alegría y el gozo en el sufrimiento.
4. Que Dios nos conceda ser en el mundo instrumentos de alegría y de gozo para todos aquellos que, creyendo, se encuentran bajo el peso del dolor, de la cruz y de la tribulación.
5. El gozo supremo brota de la Pascua de Jesús.

LA PAZ, DON DEL ESPÍRITU SANTO

“Os dejo la paz. Mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo” (Jn 14, 27)

“El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz” (Ga 5, 22)

“El Reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rm 14, 17)

“El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Rm 15, 13).

Jesús hizo una afirmación muy importante acerca de la paz: *“Bienaventurados los que hacen paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”* (Mt 5, 9).

Las Bienaventuranzas del



Evangelio no son solamente un hermoso programa de la doctrina de Jesús, ni la quinta esencia de su enseñanza de vida, sino que son el autorretrato mismo de Jesús. Si habló así, es porque primero él había vivido ese programa de vida. Jesús fue un arquitecto de paz.

Pero, ¿qué se entiende por “paz”? ¿Qué nos dice la Sagrada Escritura sobre esta realidad, tan deseada y suspirada a través de todos los siglos de la historia de la humanidad?

I. QUÉ ES LA PAZ

1. En el mundo greco-latino

La paz (en griego “*eiréne*”, en latín “*pax*”) es un estado opuesto a la guerra (“*pólemos-bellum*”). La paz es ausencia de sentimientos de hostilidad. En la era de Augusto, la “*pax romana*” llevaba consigo una cierta seguridad legal.

2. En el mundo de hoy

a) La paz que persigue generalmente el mundo de los humanos consiste en la “no-guerra”, “ausencia de hostilidades”; y, de ordinario o muy frecuentemente, es en beneficio de los grandes y poderosos, que trabajan por la paz para ganancia personal. Se quiere la paz -ausencia de **inquietudes sociales, para mantener y acrecentar un status quo** de bienestar. No faltan, sin embargo, organizaciones humanitarias y planes de promoción social que buscan sinceramente el bien de los demás, en particular de los pobres.



b) La paz que propone la Iglesia, y por la cual trabaja intensa e incesantemente, es de orden evangélico, basado en las virtudes del amor de caridad y de la justicia. Numerosos volúmenes resultarían, si se coleccionaran todos los documentos y exhortaciones que el magisterio de la Iglesia ha emanado, en los últimos cien años, sobre la paz que propugna el cristianismo.

3. El problema de la paz

El problema de la paz es difícil, acuciante, continuo y permanente. En los momentos presentes hay puntos en la geografía terrestre intensamente

necesitados de paz. ¿Será posible vivir algún día, en nuestra historia, la “verdadera y plena paz”?

II. LA PAZ EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En hebreo “paz” se dice “*Shalôm*”. Este término se deriva de la raíz “*shim*” que significa “entero, perfecto, total”, y tiene en general una connotación religiosa muy fuerte. El *shalôm* (la paz), se presenta siempre vinculada con Dios.

1. La paz a nivel humano

- ♦ *Shalôm* significa bienestar, salud, prosperidad. De allí el saludo de siempre, como deseo primario y fundamental: ¡*Shalôm!*
- ♦ *Shalôm* significa también relaciones amistosas entre naciones o estados: “*Yahvéh dio sabiduría a Salomón...y hubo paz, pactando una alianza entrambos*” (1 R 5, 26).
- ♦ *Shalôm* significa igualmente relaciones amistosas entre individuos: Zorobabel “*edificará el Templo de Yahvéh, él llevará las insignias reales, se sentará en su trono; habrá un sacerdote a su derecha, y habrá entre ellos dos consejos de paz*” (Za 6, 13).

2. La paz como don de Dios

- a. El hombre siente naturalmente temor o inclusive miedo ante Dios, por ser el Absoluto, y por la indignidad que naturalmente el hombre experimenta frente a Dios, sobre todo después del primer pecado: “*Te oí andar por el jardín y tuve miedo porque estoy desnudo; por eso me escondí*” (Gn 3, 10). La expresión “estar desnudo” subraya el temor del hombre hacia aquel que todo lo ve y valora en plena justicia.
- 
- b. “La paz” sintetiza el conjunto de las bendiciones divinas. Es una bendición de salvación y de liberación de todo peligro y amenaza; es firmeza en la Tierra prometida; es seguridad, en primer lugar, para *JERUSALEM* (Ciudad de la paz): “*¡Desead la paz a Jerusalem!*” (Salmo 122, 6). Sin embargo, Jerusalén es la ciudad que, hasta el día de hoy, más veces ha sido destruida y restaurada.

3. La paz en los Profetas

Los profetas Miqueas, Jeremías, Ezequiel se levantan contra los falsos profetas que gritan: “¡Paz!”, ignorando que las guerras tienen como causa los pecados del pueblo: Jr 14, 11-16; 23, 9-40; 28, 1-17.



“Hijo del hombre, -dice Dios a Ezequiel- profetiza contra los profetas de Israel; profetiza y di a los que profetizan por su propia cuenta:...Extenderé mi mano contra los profetas de visiones vanas y presagios mentirosos,...porque extravían a mi pueblo, diciendo: ¡Paz!, cuando no hay paz” (Ez 13,1.9-10.15-16).

La “verdadera paz” viene de Dios, después del sufrimiento y de la conversión. La destrucción de Jerusalén en 586 y la cautividad en Babilonia abrieron las puertas a un concepto más profundo de la paz. La “paz”, el verdadero *shalôm*, sólo puede venir de Dios; y no consiste sólo en una ausencia de guerra, ni siquiera en una tranquilidad psicológica, sino en una profunda relación con Dios.

✦ Jeremías

“Bien sé los pensamientos que tengo sobre vosotros: pensamientos de paz y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza. Me invocaréis y vendréis a rogarme, y yo os escucharé. Me buscaréis y me encontraréis, cuando me solicitéis de todo corazón...me dejaré encontrar de vosotros...” (Jr 29, 10-14).

✦ Ezequiel

El corazón de la profecía de Ezequiel se encuentra en los capítulos 34, 36 y 37, que tratan de la restauración del Pueblo de Dios. Dios será, en el futuro, el verdadero pastor; el rey davídico sólo será su representante (Ez 34). Dios promete darle al pueblo un nuevo corazón y un nuevo espíritu, y poner en su interior el mismo Espíritu de Dios (Ez 36). Les anuncia también una Alianza nueva: *“Concluiré con ellos una Alianza de paz, que será para ellos una Alianza eterna. Pondré mi santuario en medio de ellos para siempre...Mi morada estará junto a ellos. Seré su Dios y ellos serán mi Pueblo...” (Ez 37, 26).*

✦ Isaías

En Isaías, el *shalôm* (“la paz”) expresa una relación firme y perpetua entre Dios y su pueblo. *“Porque los montes se podrán correr, y las colinas se podrán mover;*

pero mi amor no se apartará de ti; y mi Alianza de paz no se moverá; dice Yahvéh, que tiene compasión de ti” (Is 54, 10). Cuatro términos se ligan y entrelazan: amor, alianza, paz y compasión; y todo esto es fruto de la fidelidad de Dios. Este texto marca una cumbre en la revelación del Antiguo Testamento.

4. La paz mesiánica y escatológica

La promesa del shalôm, en el sentido más pleno se encuentra vinculada a las esperanzas mesiánicas y escatológicas.

1º El Mesías

- Isaías da al Mesías el título de *“Príncipe de paz”, (Sar-Shalôm)* porque él será quien garantizará la paz (Is 9, 5-6).
- Miqueas 5, 4 dice del Mesías: *“Él es la Paz (Hû-Shalôm).*
- Zacarías presenta al Mesías como un rey humilde y de paz universal (Za 9, 9-10).

2º La restauración futura

La restauración definitiva, en una paz perpetua e imperturbable, es anunciada y cantada por los profetas Isaías y Miqueas (Is 2, 2-5; Mi 4, 1-5). Aun cuando en estos oráculos la palabra “paz” no aparece, sin embargo la idea está presente y, sobre todo, su resultado.

En síntesis: En el Antiguo Testamento, “la paz” nunca aparece como una actitud puramente interna de cada individuo, sino que siempre lleva consigo una manifestación exterior de dimensión social y, en definitiva, señala una profunda relación con Dios.

III. LA PAZ EN EL NUEVO TESTAMENTO

La palabra paz aparece 92 veces en el Nuevo Testamento. Se la encuentra en todos los libros, excepto en 1 Jn. En los Evangelios se registra 25 veces: 4 en Mt; 1 en Mc; 14 en Lc; y 6 en Jn. En los Hechos aparece 7 veces. Pablo la utiliza en 34 ocasiones (10 veces en Romanos; 8 en Efesios).

1. La paz mesiánica

- a. En conexión íntima con las esperanzas mesiánicas, la paz es cantada por los ángeles en el cielo de Belén cuando nace JESÚS, el Señor, el Mesías, el Salvador: *“¡GLORIA a Dios en las alturas, y PAZ a los hombres en la tierra!”* (Lc 2, 14).

- b. El Mesías es una *“Luz de Oriente”*, una estrella que se levanta y proyecta luz (Nm 24, 17, Is 60, 1; Mi 3, 20). *“Oriente”* o *“Luz que se levanta”* es un título de Mesías, que viene a *“iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”* (Lc 1, 79). Jesús es luz, es vida y es paz.
- c. Simeón ha visto al Mesías, puede ya entonces irse *“en la paz”* con la alegría de haberlo visto y haber recibido la riqueza de los dones mesiánicos (Lc 2, 29).
- d. Al reconocer en Jesús de Nazaret la presencia del Mesías, el pueblo canta la venida de la paz mesiánica que desciende del cielo: *“Llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios por los milagros que habían visto, y decían: `¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo; gloria en las alturas!”* (Lc 19, 37-38). Hay que notar la trilogía: alegría, paz y gloria.
- e. Jesús sufre ante el rechazo de la paz mesiánica: *“Al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: `¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos...Vendrán días sobre ti...porque no has conocido el tiempo de tu visita!”* (Lc 19, 44).

2. La paz de Jesús

A lo largo de su ministerio, Jesús comunicó la paz mesiánica a sus discípulos, a los enfermos y a los pecadores.

☞ **La hemorroisa:** Mc 5, 25-34; Lc 8, 43-48.

La mujer enferma tiene fe en el poder sanador del misterioso Hijo del hombre. Es la fe carismática, que mueve montañas. Jesús considera a esa mujer enferma como su hija. *“¡Vete en paz!”*, le dice Jesús. La mujer sanada es ahora una nueva creación. La paz que ha recibido es salud, restauración y reintegración a la comunidad.

☞ **La pecadora que ama:** Lc 7, 36-50.

Aquella mujer lloraba: su llanto era signo sensible de su conversión interior. Besaba: sus besos eran expresión de su amor. Ungía los pies de Jesús: esa unción significaba respeto y veneración. Sus pecados han quedado perdonados. El amor consigue el perdón; y de un perdón grande brota un mayor amor. En ese acontecimiento resplandece la fe que la mujer tiene en la misericordia de Jesús. Y Jesús termina la



escena con la exclamación: “¡Vete en paz!”. Has sido restaurada desde lo más profundo. Eres una nueva creación. Vuelve a la comunidad del pueblo santo.

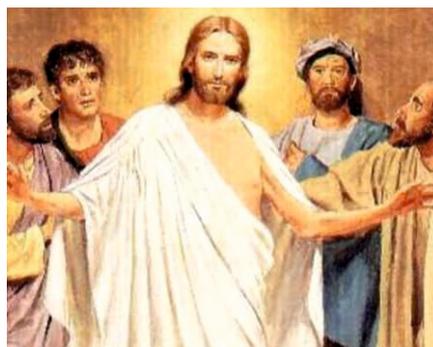
☞ **En la última Cena.**

a) Uno de los dones más preciosos que Jesús deja como herencia a sus discípulos es la paz. Él les dijo: “La paz os dejo”; y luego añadió: “La paz mía os doy” (Jn 14, 27). Se trata del regalo de algo que es propio de Jesús: “Mi paz”. Paz diferente a la que el mundo da. Es la paz mesiánica, propiedad del Mesías. Es la paz de la Alianza nueva y eterna, de la alianza de paz. Alianza hecha de amor y de fidelidad sin límites. Esa “paz” solo Jesús la puede dar, y de hecho la da. Esa paz sintetiza el conjunto de los bienes prometidos.

b) La paz que Jesús da es tan profunda, que puede existir aun en medio de la tribulación: “os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tenéis tribulaciones. Pero ¡confiad: Yo he vencido al mundo!” (Jn 16, 33). Hay que tener “paz en Jesús”, pues él ha vencido al mundo: a Satanás, el Pecado y sus consecuencias.

☞ **La paz del Resucitado.**

Una vez resucitado y glorificado, Jesús comunica “su paz”: es una paz envuelta en alegría (Jn 20, 19-20). Es una paz en orden a la misión: los discípulos son enviados y llenos de Espíritu Santo para quitar el pecado del mundo (Jn 20, 21). Es una paz en la fe (Jn 20, 26; cfr. Lc 24, 36).



3. La “paz cristiana” en los Escritos de San Pablo

En las Cartas de San Pablo, el tema de la “paz” ocupa un lugar importante. Se podría hablar de una teología de la paz.

- ◆ En primer lugar, la paz tiene su origen en Dios. Él es “el Dios de la paz” (Rm 15, 33; 16, 20; Flp 4, 9; 1 Tes 5, 23); “el Dios del amor y de la paz” (2 Co 13, 11); “el Señor de la paz os de la paz siempre” (2 tes 3, 16). “Que el Dios de la paz esté con todos vosotros, que destruya a Satanás” (Rm 16, 20). “Que el mismo Dios de la paz os santifique en totalidad plenamente, y que todo vuestro ser: espíritu, alma y cuerpo se conserven sin mancha hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo (1 Tes 5, 23).

- a. “La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro padre”. Esta fórmula sintética menciona dos regalos mesiánicos: la gracia (*jesed* = amor) y la paz. Esos dones nos vienen “de Dios Padre”, de “Dios, nuestro Padre”: la paternidad de Dios enseñada por Jesús ha pasado al cristianismo. Dios es mi Padre; Dios es nuestro Padre, que nos ama y nos comunica paz.
- b. “La paz va acompañada, a veces, de “la misericordia” (Gál 6, 16). En otras ocasiones, la paz va unida al amor, la fe y la gracia (Ef 6, 23-24). En 1 y 2 de Tim 1, 2 se encuentran la gracia, la misericordia y la paz. Dios es un Dios de paz, no de confusión (1 Cor 14, 33).
La paz debe reflejarse en la vida humana, en el matrimonio (1 Cor, 7, 15) y en la vida religiosa comunitaria (1 Cor 14, 33). La paz es orden, es armonía, es hermosura, es *kosmos*: cada cosa en su lugar.

◆ “En paz con Dios” (Rm 5, 1-11)

Para San Pablo, en un admirable texto de la epístola a los Romanos, la paz es el fruto de la justificación por la fe. La justificación es el paso de la muerte a la vida, y del pecado a la gracia; es el retorno a la amistad y al amor del paraíso: “Habiendo sido justificado por la fe, estamos en paz con Dios por Nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (5, 1-2).

◆ La paz y el Espíritu Santo (Rm 8, 2; 14, 17. 19; 15, 33; Gál 5, 22).

Pablo repite con frecuencia que Dios, nuestro Padre, es el origen de la paz. Él es el Dios de la paz: “*La paz de Dios...*” (Flp 4, 7)

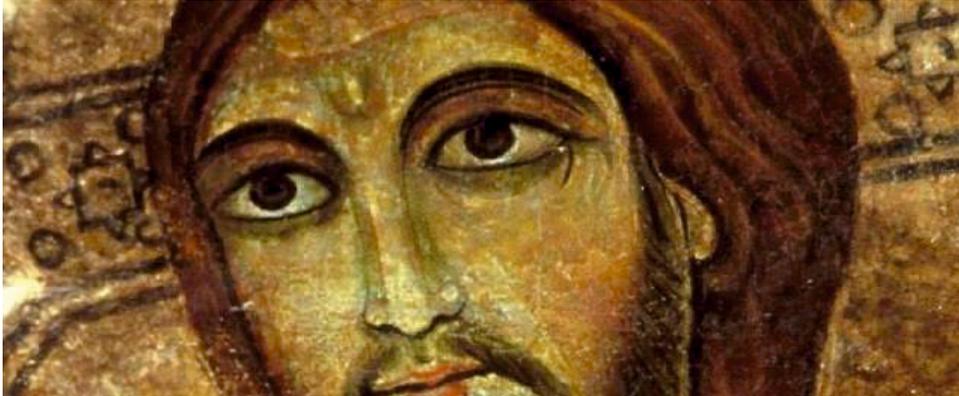
En la epístola a los Colosenses el Apóstol atribuye la paz a Cristo, como Jesús mismo había hecho en el Cenáculo: “*Que la paz de Cristo resida en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo*” (Col 3, 15).

En la epístola a los Gálatas, Pablo habla de la paz como fruto del Espíritu Santo. Dos regalos nos vienen del Padre: su Hijo Jesús y el Espíritu Santo. Pero, el Espíritu Santo es a la vez el don del Padre y de Jesús. Él es el primer don del Padre y de Jesús. El Espíritu Santo nos es dado y habita en lo más interior de nuestro ser, en nuestro corazón. Y luego, el mismo Espíritu Santo nos comunica todas las gracias y los dones de Dios, comenzando por el amor (Rm 5, 5). Pues bien, entre esos dones, esta “la paz”: “*el fruto del Espíritu Santo es amor, alegría, paz; comprensión afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre; dominio de sí mismo*” (Gál 5, 22-23).

En la Epístola a los Romanos, Pablo asocia la paz con la vida, con la justicia, con la alegría, con la fe, con la esperanza (cfr. Rm 8, 6; 14.19): “*El Dios de la*

esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo (Rm 15, 13).

En definitiva, la paz es un fruto de la presencia actuante del Espíritu Santo, resultado de vivir en un estado permanente de gracia, que es amistad filial con Dios.



◆ *“Cristo, nuestra paz”*

Un texto importante para el mundo de tiempos del Apóstol, e igualmente para nuestra época actual, se encuentra en la Epístola a los Efesios: *“Porque él es nuestra paz: el que de dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad, anulando en su carne la ley con sus mandamientos y sus decretos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, haciendo las paces... vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca”* (Ef 2, 14-17). Solamente Cristo Jesús puede comunicar la perfecta paz y obrar la reconciliación en el corazón de los pueblos. Solo Él puede crear un “Hombre Nuevo” por su sacrificio en la cruz; y solo por Él podemos tener acceso al Padre en un mismo Espíritu.

◆ Exhortaciones a la unidad en la paz.

El Apóstol pide a los Efesios que practiquen la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la tolerancia, “poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef 4, 3). La paz es como el vínculo, el lazo que da unidad a todo lo demás. La paz verdadera supera los niveles humanos de nuestra razón: *“y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”* (Flp 4, 7).

A Timoteo lo exhorta de la siguiente manera: *“Vete al alcance de la justicia, de la fe, del amor, de la paz, en unión de los que invocan al Señor con corazón puro”* (2 Tim 2, 22).

4. Conclusión

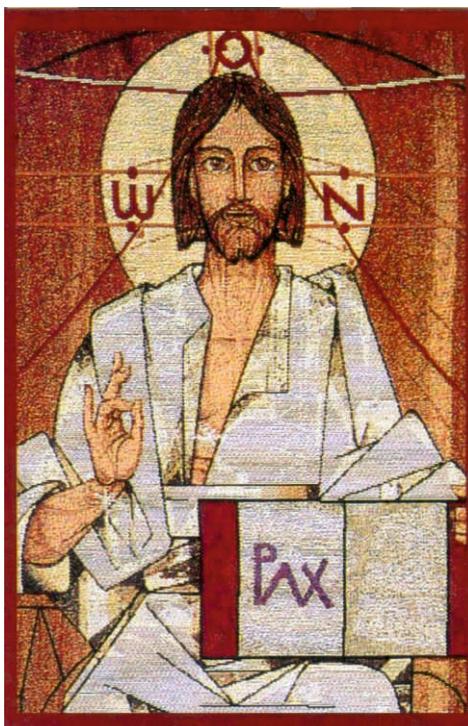
La paz es como la síntesis de las bendiciones divinas. Es uno de los grandes dones de la era mesiánica. Hay que implorar de Dios la paz, hay que vivirla y comunicarla. Debemos ser instrumentos de la paz de Dios, de la paz de Cristo, de la paz del Espíritu Santo.

Dios es paz. Jesús es nuestra paz. Jesús fue arquitecto de paz. Los que hacen la paz y que comunican paz como Jesús, serán “hijos de Dios-paz”.

Dar la paz, comunicar la paz de Jesús es obrar una “nueva creación”, hacer “hombres nuevos”: en el cuerpo, en el alma, en el espíritu. Jesús sanó enfermos de cuerpo y alma: perdonó los pecados, dio vida a los muertos. *¡Jesús, haznos instrumentos de tu paz!*

La paz viene de dentro, de donde Dios está, de nuestro interior donde habita el Espíritu Santo, manantial de la paz. La paz no se inyecta, sino que brota de la presencia de Dios Trino en nosotros. No debemos buscar dentro de nosotros únicamente la fuente de nuestros conflictos, sino a Dios, solución de los mismos. Sin embargo, esto no es algo mágico. Es un proceso. Hay que procurarlo. La victoria está ya ganada (Jn 16, 33).

La paz es un don del Padre por Cristo Jesús en el Espíritu Santo.



BIBLIOGRAFÍA

- Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución Apostólica *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, Ed San Pablo.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución *Gaudium et Spes* sobre a Iglesia en el mundo actual, Ed. San Pablo.
- CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, Ed. San Pablo.
- CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbiterorum Ordinis* sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, Ed. San Pablo.
- CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam Actuositatem* sobre los laicos, Ed. San Pablo.
- FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, Ed. Paulinas.
- O'CONNOR, Edward, *La Renovación Carismática en la Iglesia Católica*, Ed. LP, México.
- CARRILLO ALDAY, Salvador, *Gozo y paz en el Espíritu*, Ed. Paulinas, 1989
- CANTALAMESSA, Raniero, *Ven, Espíritu Creador*, Ed. Paulinas, Buenos Aires.
- PORSCH, Felix, *El Espíritu Santo, Defensor de los creyentes*, Ed. Koinonia.
- MÜHLEN, Heribert, *Los dones del Espíritu hoy*, Secretariado Trinitario, Salamanca.